

[Cuaderno azul]
EL HOMBRE DOBLE
Marcel Schwob

El corredor embaldosado resonó bajos sus pasos, y el juez de instrucción vio entrar un hombre pálido, de cabello lacio, con patillas anchas y ojos constantemente inquietos y escrutadores. Tenía el aspecto abatido del hombre que no comprende lo que le hacen hacer; los guardias municipales lo dejaron en la puerta con una mirada de conmiseración. Sólo las pupilas, brillantes y movedizas, parecían vivir en su terroso rostro: tenía el brillo y la impenetrabilidad de la loza negra bruñida. Su traje, levita y pantalones anchos, pendía de su cuerpo como ropa colgada; su sombrero de copa se había aplastado contra los techos bajos; todo eso, puntualizado por las patillas, daba claramente la idea de un miserable hombre de ley, perseguido por sus colegas.

El juez, sentado bajo la luz que daba en la cara al inculpado, observaba los planos gris claro de ese rostro opaco, cuyas depresiones se marcaban en huecos de indecisa sombra. Y mientras con el pulgar empujaba maquinalmente las piezas de los expedientes dispersos sobre su escritorio, la apariencia de respetabilidad que envolvía a ese hombre le dio, como en uno de esos estallidos de luz que se desvanecen de inmediato e iluminan el cerebro, la extraña impresión de que ante sí tenía a otro juez de instrucción, de levita y de patillas cortas, ojos inquietantes y escrutadores, especie de torpe, insustancial y mal trazada caricatura, esfumada en la bruma gris del día.

Esa indescriptible respetabilidad, que provenía ciertamente del corte de la barba y de los vestidos, confundía sin embargo al juez en el presente caso, haciéndole dudar. Al principio, el crimen parecía trivial: uno de esos asesinatos frecuentes en los últimos tiempos. Habían encontrado en su cama, con la garganta cortada, a una mujer de vida fácil, que vivía en un pequeño departamento de la calle Maubeurge. El golpe había sido dado por una mano aparentemente experimentada, por debajo de las tiroides; la arteria carótida había sido seccionada limpiamente y el cuello abierto hasta la mitad. La muerte debió de ser casi instantánea, pues la sangre habían manado en anchos chorros sucesivos, en tres o cuatro latidos. Las sábanas, un poco ajadas, tenían grandes manchas de sangre, formando opacos charcos, espesos en el centro, que se iban esfumando gradualmente hacia los bordes en un rosa claro sembrado de huellas oscuras. El armario de espejo había sido desfondado; el piso estaba cubierto de cajas de cartón tiradas; hasta habían abierto el colchón por las costuras.

La mujer asesinada, de edad madura, no era una desconocida entre la gente alegre. Por la noche solía encontrársela en el Círculo, los Príncipes, en el Americano y en los restaurantes donde se va a cenar. Sus alhajas eran conocidas. Y cuando los revendedores de oro y plata vieron aparecer los anillos y collares buscados, bastó una indicación de su parte para que el jefe de la Sûreté llegara hasta el verdadero culpable. Todos, unánimemente, habían designado

al hombre que estaba allí, ante el juez. Él no se había ocultado: los dueños de las casas de empeño del Marais y los mercaderes del barrio Saint-Germain conocían su dirección. Había ido a vender las joyas con el mismo aspecto respetable que presentaba ahora, el aspecto de un hombre que, encontrándose en apuros, vende cualquier cosa para procurarse dinero.

Al interrogarlo, el juez empleó, a pesar suyo, fórmulas de cortesía y simpáticos atenuantes. Las respuestas del hombre eran manifiestamente confusas, evasivas; pero tan respetables como su aspecto exterior. Según decía, era ayudante de un abogado. Dio el nombre y dirección de su patrón. Un mensajero del juez volvió casi enseguida con la respuesta: *Desconocido*. El hombre tuvo un gesto de asombro y murmuró: "Entonces no sé nada más."

En su habitación de un hotel de la calle Saint-Jacques se habían encontrado pliegos de cartas y copias. Cuando le fueron presentadas, dijo no conocerlas. El juez, que creía que esos pliegos eran pruebas intencionables, pareció sorprendido. Al avanzar en el interrogatorio, se encontró con inexplicables contradicciones. El hombre tenía aspecto jurídico, pero no sabía nada del idioma de la ley. Del abogado del que se decía empleado, sólo conocía el nombre y dirección. Pero persistía en sus afirmaciones.

Las joyas provenían, según él, de una herencia, y le habían sido confiadas para venderlas y obtener algún dinero. A la pregunta tradicional acerca del empleo de su tiempo la noche del crimen, respondió:

- Dormí en mi cama, señor.

Cuando se citó al dueño del hotel y este declaró que el hombre no había vuelto esa noche hasta la madrugada, y que lo había hecho con el rostro pálido, abrumado, el acusado lo miró sorprendido, y dijo:

- ¡Qué va, qué va! ¡Veamos!... Yo sé bien que estaba en mi cama.

El juez, desconcertado, hizo comparecer a tres revendedores que reconocerían al hombre. No tuvo empacho en admitir que les había vendido algunas joyas.

- Pero, veamos, señor -explicó al juez.- Ya le he dicho que todas esas cosas me fueron confiadas por una persona, porque yo trabajo con un abogado, para venderlas y luego colocar el dinero en casa de mi patrón.

- ¿Quién era esa persona? -preguntó el juez.

El hombre reflexionó y dijo:

- Espere un momento; ahora, así de pronto, no me acuerdo. Ya lo recordaré.

Entonces el juez, tomando la palabra, le hizo ver la inconsistencia de su método. Se lo demostró, conservando una especie de respeto hacia el personaje exterior que el hombre representaba, una cierta piedad por su actitud abatida, por sus razonamientos de idiota. Lo llamó suavemente "amigo mío", probándole una a una sus contradicciones. Le explicó su crimen, porque parecía no comprenderlo. Le hizo ver lo grave, lo abobinable que era; insistió

en todas las pruebas que lo acusaban, y terminó con una elocuente perorata en la que repitió a menudo en que el Presidente se inclinaba en hacer uso del derecho supremo en favor de quienes confesaban.

El hombre pareció apreciar la indulgencia del magistrado, e hizo uso de la palabra a su vez, cuando el juez hubo callado. Hasta ese momento su voz había sido descolorida, monótona, impersonal. Era imposible recordar otro tono parecido al suyo. No había en él matices; era gris y uniforme como el terroso rostro del personaje. Mas cuando el hombre respondió a la exhortación del juez, hizo también él una especie de exhortación. Los tonos de voz se fueron acentuando y se convirtieron en pálida imitación de los tonos de voz con que el magistrado se dirigiera a él. Las palabras que acudían a sus labios eran copia de las que escuchara.

Su discurso fue negativo: se limitó simplemente a rechazar las concreciones y a negar las pruebas. No podía contar con la clemencia del presidente, puesto que ignoraba el crimen.

Cuando llegó a este punto el juez debió interrumpirlo. A pesar de la seriedad del hombre y del horror del crimen, el secretario sonreía al escribir. Ante el escritorio del juez de instrucción había un ser extraño que parodiaba al magistrado con verdadero talento, que daba color a su monótona voz con las entonaciones del juez, y le daba rostro opaco con las expresivas arrugas del rostro situado ante él, que parecía llenar sus flotantes ropas con gestos copiados a la perfección. A tal punto, que la apariencia imprecisa que había asombrado al juez de instrucción cuando entrara el acusado, se convertía ahora en la imagen clara, exacta, de un hombre de ley que discute con un colega; como si se hubieran acentuado los rasgos de un dibujo borroso, gris y esfumado, hasta concederle la nitidez de un aguafuerte en que el blanco grita contra el negro.

El juez fue al nudo del asunto con autoridad. Ya no discutió las posibilidades sino los hechos. El cuello de la víctima había sido cortado por una mano experimentada, y se sabía con qué arma. El juez puso ante los ojos del hombre un cuchillo, manchando de sangre, que se había encontrado tras de su cama... Un grueso cuchillo de carnicero. El canto de la hoja era ancho como la mitad de un dedo. Era la primera relación visible entre hombre y el crimen. El efecto fue asombroso.

Una ola recorrió por entero todo el personaje y puso su rostro en movimiento. Los ojos se agitaron y se tornaron claros. El pelo se erizó hasta las patillas, que parecieron ser su prolongación. Se marcaron arrugas en las sienes y en la boca. El rostro del hombre tenía ahora una malvada fijeza; y, con extraño gesto, como si acabara de ser despertado, se frotó dos o tres veces por debajo de la nariz, con el índice. Luego comenzó a hablar con acento pausado, las manos ya no torpes, sino siguiendo con gestos las palabras. Eran palabras dirigidas evidentemente a otras personas que no estaban allí. El juez tuvo que contarle dónde se encontraba. El hombre se estremeció ante la pregunta, su boca se abrió sin esfuerzo, y el torrente desbordó de ella:

- ¿Qué dónde estoy? ¿Qué dónde estoy? ¡Y bien, en mi casa, por supuesto! ¿Qué diablos puede importarte dónde estoy? -Tomó una pluma de sobre la mesa.- Esto se moja en una escupidera sucia. Nunca la utilicé tanto como ahora. Sirve para enredar a los tipos del babero. Ellos fueron buenos. Estuve con el de la toga roja. Allí yo estaba bien vestido y él se tragó que yo trabajaba con este instrumento. ¡Buenos tontos! ¡Bah! Es como el cuento de las alhajas.

¡Ah, pero no son estúpidos! Conocen bien su trabajo. Se andan con guante blanco. Pero yo lo embromé, al otro zoquete. Le arruiné el discurso; lo despisté con un buen camelo; algo bien largo. Yo no les tengo miedo a los tipos que cambian de actitud como de camisa. Hice mi trabajo solo. Y voy a descansar en mi asiento.

El hombre se dirigió al sillón del juez, que se incorporó estupefacto y le cedió el lugar.

En cuanto se sentó se produjo la reacción: sus mejillas empalidecieron, la cabella cayó hacia atrás, los párpados se cerraron... y todo el cuerpo se desplomó inerte.

Y el juez, de pie a su vez ante el hombre, se planteó un temible dilema. De los dos personajes simulados a medias que tuviera ante sí, uno era culpable y el otro no. Este hombre era doble y tenía dos conciencias; pero de ambos seres reunidos en uno solo ¿cuál era el verdadero? Uno de los dos había actuado, pero ¿era ese el ser primordial? En el hombre doble que se había revelado ¿dónde estaba el hombre?

[Corazón doble, traducción de Amanda Forns de Gioia para Montesinos]

tijeretazos  postriziny
una revista de literatura y cine